

# VIDA MANCHEGA

y muelle lecho no consiguiera conciliar el sueño, ni aun siquiera un poco de tranquilidad para su espíritu atormentado por tenaz remordimiento.

Concibió un plan; el insomnio fué quien la dictó el modo de ponerlo en ejecución.

Aun el alba no había rosado el horizonte, cuando dejando el lecho, con las huellas del sufrimiento impresas en el semblante, vistióse apresuradamente, y sentándose ante su elegante *secreter*, tomó la pluma trazando algunas líneas desiguales y confusas en una perfumada cartulina de aquellas de que tantas veces se sirviera para comunicar á sus íntimas amistades, notas de alegres invitaciones como gratas y aturridas fiestas.

Al terminar cubrióse el rostro con ambas manos, y entre su dedos alhajados rodaron algunas lágrimas que rubricaron aquellas líneas, donde exponía la de terminación irrevocable que en breve, pondría en práctica.

Trascurridos algunos momentos angustiosos, levantóse y echándose sobre los hombros un rico abrigo de pieles, tocada con una mantilla clásica, prenda casi por ella relegada al olvido, salió con decisión, y atravesando algunas habitaciones, sin ser vista por nadie, salió por una puertecilla escusada al jardín que rodeaba el suntuoso hotel donde dejaba de ser dueña y señora.

Hacía un frío intenso; con paso sigiloso atravesó la ancha avenida cruzando algunas calles, y llegado que hubo ante aquel establecimiento donde se leían con gruesos caracteres *garage* penetró en él, habló brevemente con el encargado, y a los pocos momentos ponían a su disposición, uno de aquellos vehículos que por módico precio hacen servicio público.

Su meta, ya se sabría pronto, pues que ella misma lo dejaba declarado al cómplice de sus infidelidades, más no quiso utilizar los servicios de aquellos que antes estuvieran a sus órdenes.

Corría veloz el auto carretera adelante, con rapidez de viento y en aquel vértigo, no se dió cuenta de los kilómetros que iban salvando y acercándose al desenlace, al epílogo de aquella *historia* que el cronista titulaba *cuento* dejando volar su fantasía, y dándole un fin desconsolador. No, no sería así ella; evitarla que aquel *cuento* tuviese otro desenlace que el que quiso darle una pluma caprichosa; ella le rubricaría con el llanto de su corazón arrepentido.

Recorrieron el camino que ya conocemos cuando seguimos a nuestros jóvenes turistas, y llegado que hubo el auto ante una humilde chocilla, sintió que su corazón latía tan violentamente que inconsciente llevóse las manos hacia el pecho, lívida apeóse del coche envuelta en una nube de impoluta nieve que tachonaba su traje de negro terciopelo como en oscura noche las estrellas vienen a desvanecer lo tético de las sombras que en misterio lo envolviera.

Despidió el auto, y a uno y otro lado, vió en expectación a la puerta de sus humildes viviendas contruídas como en tiempos primitivos, una mujeruca de cara curtida, ojos claros y expresivos, que se abrieron en el asombro de quien contempla lo desconocido, al mismo tiempo que la puerta de enfrente se entreabría, dejando entre sus junturas ver un rostro infantil, que con sorpresa miraba a la dama con inocente curiosidad. Esta acercóse a la puerta y suavemente su mano empujó, en

tanto una sonrisa cariñosa iluminó su rostro, contraído por tan diversas emociones.

El niño, no hizo señal de protesta y abriendo sus rasgados ojazos negros, miró a la dama aquella, que tan ligeramente procedía.

Ella dispuso con sus besos la estuperfucción que causaba su presencia en aquél hijo abandonado.

En un mísero lecho yacía la pobrecita anciana, mal cubierta por andrajoso cobertor.

La respiración era fatigosa; sus ojos pesadamente cerrados, denotaban su estado fébril. Acercóse al desvencijado lecho, besó la surcada frente de la anciana, la que humedeció con ardientes lágrimas, y se arrodilló un momento quedando postrada en tierra. Sacóla de aquél estado, la voz de una niña que llegaba al dintel de la puerta, llamando a su hermanito acompañada de la curiosa vecina. Al reconocer a la pequeña, a aquél ser que había llevado en sus entrañas, la tomó en sus brazos, y en unión del rapazuelo, la estrechó bañándolos en su llanto de arrepentimiento. A su ruego ambos en su inocente charla la dieron confusos datos, los más interesantes del momento, hasta que la caritativa vecina que en ausencia del abuelo cuidaba a la pobre enferma, esclareció de plano aquella situación.

—La abuela, no pudo resistir aquél invierno norteño, y cayó herida de una pulmonía. El abuelo fué al próximo pueblo en busca del médico, conociendo la gravedad de la anciana; y ella, la vecina, *echaba una mirada* de caridad por aquellos *probeticos* como ellos, aun más por que sus *hijicos* tenían una madraza á su lado, de la que carecían estos, que dieron con una sin corazón. Los niños escucharon el relato, cojidos á la falda de aquella buena mujer, que después de la abuelita era á la que más querían según su sincera confesión.

El niño distinguiendo el porte de la señora interrumpió diciendo: (al tender sus manecitas amoratadas por el frío) —¡Señorita, déme una perrica para pán que tengo mucha hambre! y las dos mujeres confundieron sus sollozos junto aquél lecho de agonía. En tanto la niña hizo coro á la petición clamorosamente, ambos pedían una *perrica* á la señora que á su inocente juicio, iba á ser una buenísima protectora.

La anciana balbuceó algo inentligible que se confundió con los suspiros de las dos mujeres; un temblor nervioso agitó aquel cuerpecillo débil como el de un niño; apercibida de esto quitóse el costoso abrigo de pieles, y cubrió el camastro de la anciana.

En una humilde pero limpia habitación, una mujer bella, aunque ataviada sencillamente cose junto á una ventana, donde un enjaulado jilgerillo gorgea satisfecho en su prisión.

Sentado en una silla próxima un hombre de callosas manos, envejecido prematuramente, por los trabajos, y privaciones pasadas, entretiene á sus hijos refiriéndoles, aventuras de un viaje desgraciado por él emprendido en hora fatal; lo que no les revelaría era el remordimiento que le ocasionaba la muerte de aquellos ancianos a quien tanto hizo padecer con su ausencia; ni su sorpresa (causa de su vuelta) al recibir el ejemplar de la antedicha Revista, acompañada de una breve, pero sentida carta, donde le suplicaba su regreso, y perdón, un corazón herido por los mismos tiros del arma recibida.

Al terminar una mirada de recíproco perdón se cruzó entre ambos esposos, en tanto trataron de reprimir un suspiro de pesadumbre, por su pasada culpa ya bastante expiada por el tormentoso recuerdo de aquél deshonor ya rehabilitado por el trabajo.

DOLORES ONDARO DE CASTRO.